

no fue a la escuela. Sus padrinos se ofrecieron para llevarlo y regresarlo. Lo acompañaban los hijos de los compadres.

Al terminar la ceremonia me adelanté para situarme en la entrada a fin de agradecer a cada una de las personas que nos acompañaron, y recibir el pésame de quienes decidían hacerlo. Me sentí parte de la familia.

Regresé con mis papás, permanecían callados, condolidos. Para estar a tono puse semblante similar. Me llevaron a la casa. Me bajé del auto, me despedí de los dos. Al darle el beso a papá me dijo que Bladimir saldría urgentemente a la ciudad de México, que tenía que arreglar asuntos de los seguros y las cuentas bancarias de la muerta. Me insistieron que los acompañara a su casa. No lo hice porque tenía que reunirme con mi hijo, deseaba consolarlo.

Entré a la casa, Sirvenda me recibió con la información que yo ya poseía: el viaje de mi marido a la ciudad de México.

—Patroncita —me dijo Sirvenda con premura reflejada en sus gestos—, el chofer los dejó en el panteón y rápido regresó para arreglar las maletas. Por la ropa que empacó se ve que el patrón va a estar como una semana allá. Se va con su chaperón.

Los empleados se dedicaron a limpiar la casa donde fue el velorio. La ausencia de la señora dejó un ambiente de extraña tranquilidad. “No sabemos qué va a pasar con nosotros, pero de lo que sí estamos seguros es que la señora no nos volverá a gritar ni a ofender”. Señaló una de las empleadas. “De cualquier manera la vamos a extrañar”, repetían.

A partir del fallecimiento de la mamá, las ausencias de Bladimir fueron más prolongadas. Había ocasiones que dilataba hasta quince días en regresar. En el pueblo corrían rumores, poco me importaban. Las murmuraciones no las tomaba en cuenta, mi única prioridad era mi hijo.

CAPÍTULO 15

Poco después que me casé les comenté a mi marido y a mis papás que había tomado la decisión de no festejar mis futuros cumpleaños. Mis papás lo entendieron. Imaginaban las razones que me habían motivado a tal determinación. A Bladimir no le importó mi decisión, lo vi en su rostro, me dio la impresión que la recibió con agrado. Estaba segura que llegaría un momento en mi vida que volvería a festejarme; mientras tanto, no. Total, disfrutaba como si fueran míos los festejos de mi hijo.

Alessandro estaba a días de cumplir diez y seis años. Su papá propuso festejárselos con un viaje a Cancún. Primero había dicho que a Acapulco, insistí que no; los recuerdos de mi luna de miel no eran nada placenteros. Por la distancia,

viajaríamos en avión desde el Distrito Federal. Recordé el día cuando comimos cabrito, que me gustó mucho. A mi hijo le agradó la idea de ir al Caribe, tenía deseos de conocer ese lugar, nos lo externó. Me comentó Bladimir que en esta ocasión no mandaría el auto para movernos allá, que alquilaría un vehículo o le prestarían uno durante nuestra estancia.

La mañana de aquel viernes salimos a México para tomar el avión a Cancún. Nos fuimos en autobús, lo tomamos a las seis de la mañana en la terminal de Papantla. Era una nueva experiencia. Sirvenda nos preparó tortas para el camino, los refrescos los compramos en la primera parada que hizo el autobús. Fue toda una aventura ese viaje. Luego me comentó Bladimir que decidió el viaje en autobús, para que Alessandro aprendiera a viajar en camiones, a tomar taxis y a documentar equipajes en los transportes. Elogié que con ese motivo así lo hiciera.

En taxi llegamos al aeropuerto. Nosotros mismos documentamos el equipaje. Permanecimos en el restaurante hasta que anunciaron la salida de nuestro avión. Los tres quedamos en la misma línea de asientos. Alessandro escogió la ventanilla, deseaba ver desde las alturas lo que había en tierra.

Al llegar al aeropuerto de Cancún, Bladimir alquiló un auto para movernos de un lado a otro. Primeramente nos instalamos en el hotel. La sorpresa fue que Bladimir alquiló dos habitaciones, en una se quedó él y en la otra mi hijo y yo. Para el chico era normal que mi marido y yo durmiéramos en habitaciones separadas. En una ocasión le explicó su papá que él dormía en otro cuarto porque roncaba mucho, de esa manera no molestaría a nadie. Al siguiente día de nuestra estancia nos reunimos con un matrimonio de amigos de mi marido que radicaban allá. Al esposo, bajo de estatura, delgado, de pelo lacio y corto, con rasgos mayas, de mirada triste pero de carácter alegre. Asistió a los funerales de mi suegra; fue tanta gente que no recordaba haberlo visto. Su esposa, más alta que él, de piel blanca, pelo lacio y claro; de facciones finas y distinguida presencia. Primeramente platicamos de los probables motivos de la repentina muerte de mi suegra.

—Si tu mamá no presentaba un síntoma previo de alguna enfermedad —dijo enfático el amigo—, quiere decir que la mandó traer el Creador por los motivos que él tiene. Seguramente a eso se debió su repentina partida. Allá está con Dios y eso debe celebrarse.

—Eso es lo que me dicen todos, que Dios la necesitaba a su lado; eso me ha reconfortado —respondió mi marido.

-Usted debió haberla sentido mucho —me preguntó la mujer.

-Por supuesto, era admirable; a mi hijo lo adoraba... Yo estaba bastante acostumbrada a ella... La consideraba mi segunda madre. Creyeron mi comentario. No se habló más de la señora.

Ellos eran dueños de varios hoteles en Cancún y Playa del Carmen; también exportaban productos que se producían en la Península de Yucatán. Nos comentaron sus aventuras por varios países del mundo; les gustaba viajar. Nos sugerían que hiciéramos lo mismo, que eso nos daba cultura y fortalecía nuestros conocimientos. Los acompañaba su hijo, recién había cumplido diez y siete años. Se parecía a su mamá. El chico y el nuestro trabaron buena amistad; hasta la fecha perdura.

Nuestros anfitriones eran dueños de un yate. Nos invitaron a dar un paseo por las transparentes aguas de aquellos mares. Disfruté la briza marina y los abrasadores rayos del sol. A bordo había provisiones para dos días aunque solo permanecimos en alta mar un solo día. El yate era conducido por dos hombres cuya edad frisaba en los 35 años. Demostraron destreza en el manejo de la embarcación.

Los chicos aprovecharon para esquiar; aquel le enseñó al mío, aprendió rápido y bien. Mi hijo se divertía a plenitud en esas aventuras nuevas para él. Fue el mejor momento de mi vida de casada. En ese viaje Alessandro aprendió a manejar, le enseñó uno de los tripulantes del yate que había sido conductor de autos de carreras en los Estados Unidos. Mi marido se lo agradeció con una buena gratificación.

Mientras los chicos se divertían tripulando motos de agua, yo platicaba con la esposa de nuestro nuevo conocido; mi marido lo hacía con su amigo. Escuché que Bladimir comentaba de unas propiedades en la ciudad de México, precisamente una casa muy cerca del Paseo de la Reforma. La definía como muy elegante, de estilo inglés clásico, que costaba una fortuna. Comentó que su mamá la había comprado con el dinero de un rancho que vendió, no alcancé a escuchar el monto de la compra. Agregó que esa casa, según el deseo de la señora, se la heredaría al primer nieto que tuviera. El amigo celebró las intenciones de la mamá de Bladimir, su amiga.

—De modo que el joven que tenemos a la vista y que ahora es amigo de mi hijo, por deseos de su abuela ¿es el heredero de esa hermosa casa de la que me platicas? —preguntó sonriente el amigo. Mi marido solo asintió con leve movimiento de cabeza.

MI HIJO ESTUDIABA en la escuela preparatoria, era aplicado y cumplidor con sus tareas; sus maestros me aseguraban que era inteligente, que sería un gran profesionista. Yo no lo ponía en duda. Los estudios profesionales tendría que realizarlos en otro lugar, Alessandro se tendría que ir a otro lado para continuar con sus estudios, eso era una realidad. A solas pensaba cómo sería mi relación con mi

marido en cuanto estuviésemos los dos solos, sin nuestro hijo. No descartaba la posibilidad del divorcio; pero no dejaba de imaginarme las consecuencias.

Todo el tiempo me la pasaba en la casa leyendo o escuchando música. Se había corrido la voz que Bladimir me tenía secuestrada. Cuando iba a la calle me seguía alguno de sus empleados, la gente se daba cuenta. Le informaban a dónde me dirigía y qué hacía. Mis amistades evitaban hablar conmigo para no crearme problemas con mi verdugo, sabían cómo era. Vivía un ambiente de soledad dorada. Mis papás creían que la decisión de permanecer aislada era mía.

En tres ocasiones el papá de mi hijo intentó llevarlo de viaje sin mí; logré impedirlo, mi marido no merecía mi confianza. No debía exponer a Alessandro a que se percatara de cualquier comportamiento anómalo de su padre; sea como sea, debía conservar la mejor imagen de quien lo procreó.

Mi marido programó otro viaje, ahora fue para festejar su cumpleaños. En esa ocasión me pidió opinión. Le propuse que de nueva cuenta fuéramos a Acapulco, considerando que ahí tenía amigos. Aceptó mi sugerencia. Ni siquiera esperó a que el día terminara cuando le llamó por teléfono a sus amistades para decirles que pronto estaríamos por allá. Bladimir le platicó de los planes a Alessandro, le dio gusto saber que iríamos a Acapulco. Acababa de ver una película filmada en aquel lugar, pidió que lo lleváramos a conocer los lugares que aparecían en la película. Viajamos en automóvil, Mi marido manejó todo el tiempo; no llevamos chofer ni nos esperó alguien allá que nos asistiera de alguna.

Mi marido había calculado que en la tarde estaríamos llegando a Acapulco, por eso, desde Papantla invitó a cenar a varios amigos de él. Les preguntó dónde, le sugirieron en un nuevo restaurante de comida argentina que estaba en la costera. De nueva cuenta, el inicio de la plática fue la muerte de mi suegra; la indujo Bladimir. A pesar del tiempo transcurrido desde el fallecimiento de la dama, encontraba razones para ponerla como tema de plática.

Al final de la cena, Bladimir comentó a los invitados que ambos habíamos decidido que Alessandro estudiara en Harvard. Les dijo que la habíamos seleccionado por el prestigio que guardaba esa universidad y las expectativas profesionales de los egresados. Mi hijo, al escuchar eso se entusiasmó, sonrió, centró su atención en la plática del padre.

—Felicitó a los dos por tan atinada decisión —dijo uno de los comensales dirigiéndose a Bladimir y a mí.

—Después que te gradúes de esa universidad —interrumpió otro, volteó a ver a mi hijo—, serás un hombre destacado, serás famoso y serás el poderoso heredero del prestigio de la familia Bustanni González —remató el tipo.

—Regresando de Harvard —repuso Bladimir—, con el título en la mano, se cumplirá el más caro deseo de mi madre, tu abuela —se dirigió a Alessandro—, poner a tu nombre una hermosa casa que se ubica a una cuadra de la avenida más hermosa de México: el Paseo de la Reforma.,

Mi hijo dio un sorbo a su chocolate, volteó a verme, se sonrió. Noté que el comentario de su padre le había agrado. Otra muestra de que Bladimir seguía al pie de la letra los deseos de su madre. Para él, esos deseos eran como mandato divino que debía obedecer a *pié juntillas*.

Los presentes propusieron un brindis por el anuncio que acababa de hacer mi marido. El que se llamaba Pablo exclamó: “Hijo, no todos tienen el privilegio de tener un padre que te apoye de esa manera. No cualquiera estudia en la Universidad de Harvard, solo los privilegiados, los que tienen un padre como el tuyo.”

“Otro brindis por la firme decisión de tu padre”, planteó el más alto de todos. Los presentes levantaron sus copas en respuesta a la espontanea petición; levanté la mía. Enviar a mi hijo a un lugar tan lejano significaba alejarlo de mí. La presencia de Alessandro en la reunión y la satisfacción mostrada por todos, me obligaban a mostrarme complaciente con el anuncio de mi marido.

—Señora Zalia, debe usted sentirse orgullosa de tener un marido que adora a su familia, lo estamos viendo —aseguró el que vestía pantalón blanco, camisa de algodón roja y lentes oscuros.

CAPÍTULO 16

Alessandro terminó la preparatoria. Su papá estaba dispuesto a cumplir la promesa de enviarlo a estudiar a Harvard. Se informó de los requisitos y empezó, con anticipación, a reunir los documentos necesarios para su inscripción. Le presentaron al papá de un muchacho de Poza Rica que estudiaba allá. Era petrolero, tenían la solvencia económica necesaria para sostenerle los estudios en Harvard. Consiguió que le orientara en todos los detalles, incluso, hasta lo que debía hacer para conseguir ahorros en la estancia y las colegiaturas.

Bladimir no paró en cumplir todo lo que el hijo requería para su ingreso. le gestionó una tarjeta de crédito con el gerente del banco, su amigo, para que la usara en sus gastos. El domingo que siguió fueron su papá y él al aeropuerto de la ciudad de México. A las diez de la mañana tomaron el vuelo a una ciudad cercana a Harvard. Llegarían a su destino final por carretera. Mi marido me propuso que me quedara. Pretendió convencerme que no era pertinente que fuera porque “Podría presentarse una conexión sentimental entre los dos que afectaría a nuestro hijo”. Ese argumento